



Seminario de Silencio

27 de enero de 2016

El ciego Bartimeo

Del evangelio de Marcos (10,46-52):

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí.»

Muchos lo regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: «Hijo de David, ten compasión de mí.»

Jesús se detuvo y dijo: «Llamadlo.»

Llamaron al ciego, diciéndole: «Ánimo, levántate, que te llama.» Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo: «¿Qué quieres que haga por ti?»

El ciego le contestó: «Maestro, que pueda ver.»

Jesús le dijo: «Anda, tu fe te ha curado.» Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

¿Crees que la meditación te está ayudando a ver más cómo es la vida y a comprender mejor a los otros y a ti mismo?

¿Cómo te sitúas ante tus cegueras pasadas? ¿Qué es lo que realmente quisieras ver?

¿Sientes que en el mantra va también incluido todo tu mundo emocional y afectivo o lo consideras más bien algo muy sobrio, alejado de tu sentir?

El éxito de una vida, a los ojos de una conciencia bien formada, es sólo cuestión de pura confianza, ¿estás de acuerdo?

La ceguera del discípulo

La incapacidad para entender el mensaje de Jesús y para aceptar su persona es el gran tema del Evangelio de Marcos.

Existe una clara lectura social de este texto: Jesús recupera a los marginales de la sociedad, invitándonos de este modo a buscarle en la periferia.

Pero también es posible una lectura simbólica, posiblemente más profunda: el ciego es una alegoría del discípulo, a quien Jesús, por su poder, abre los ojos. De modo que este ciego mendigo nos trae a la memoria nuestra propia ceguera, nuestras búsquedas en medio de oscuridades de todo género, nuestro pasar años estancados, sin avanzar, nuestras torpezas para distinguir lo más conveniente, nuestros gritos de auxilio cuando andamos desesperados.

La exclamación «Hijo de David, ten compasión de mí» ha atravesado el cristianismo desde sus orígenes. Es la súplica de los discípulos que quieren entender. Es la jaculatoria que el famoso peregrino ruso recitaba día y noche, mientras recorría las estepas, por consejo de su maestro o *staretz*, para aprender la oración continua. Es, en definitiva, el origen y la fuente de la llamada “oración del corazón”, que en nuestra tradición, de la mano de Franz Jalics y John Main, se ha sintetizado en el mantra “Cristo-Jesús” y/o “Maranathá”. De modo que éste es un texto que nos toca muy de lleno.

Lo que este evangelio cuenta es que Jesús escucha ese grito, que llama a quien lo profiere, que le pregunta qué desea y, en fin, que le cura, devolviéndole la visión que había perdido años atrás.

Esta es exactamente la experiencia de la oración contemplativa. Dios nos escucha, se posibilita la toma de conciencia de su presencia y nos enseña a ver. Lo que vemos en la meditación, cuando se nos concede la gracia de esta iluminación –que, evidentemente, acepta distintos grados- es la profunda comunión entre nosotros mismos, los otros y el mundo; y, en esa comunión, la comunión también con Dios, con el Ser o el Misterio.

«Tu fe te ha curado», concluye Jesús o, lo que es lo mismo, la confianza es lo que nos sana. “Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.” La visión, en fin, es la que nos conduce al seguimiento del Maestro. Vamos tras Él en la medida en que hemos visto y entendido: la generosidad, mayor o menor, depende de la calidad de nuestra percepción.